

VALOR RAZONABLE Y CAMBIO ECONÓMICO: CONSECUENCIAS EPISTEMOLÓGICAS CONTABLES

Área de investigación: Contabilidad, costos, auditoría, contribuciones y
tributación

Fabio Enrique Maldonado Veloza

Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas

Universidad Antonio Nariño

Colombia

fabioemv@gmail.com

Octubre 9, 10 y 11 de 2019

Ciudad Universitaria | Ciudad de México



VALOR RAZONABLE Y CAMBIO ECONÓMICO: CONSECUENCIAS EPISTEMOLÓGICAS CONTABLES



Resumen

Un constructo contable como el de *costo histórico* representa hechos en un momento determinado del tiempo. Se supone que representa hechos económicos y contables de una manera “fidedigna”. Problemas de representación surgen porque después de que el constructo los ha representado, los *hechos* continúan su propio devenir. Este es uno de los motivos por los cuales Nietzsche consideró que la ciencia, al definir, “petrifica” los hechos. Es decir, los constructos terminarían fosilizando la representación.

Cuando comparamos entre la representación de los constructos contables y los de la economía, podríamos aseverar que la contabilidad está sujeta a muchas más presiones de inmediatez de representación. Los registros contables son un claro ejemplo de una representación prácticamente en tiempo real, mientras que, por ejemplo, el crecimiento del producto interno bruto real de una economía representa el crecimiento de una economía con un rezago más extenso.

A pesar de esta inmediatez, la representación contable también ha sido desafiada por la temporalidad de los hechos, pues no siempre los constructos son tan estables como se espera; también pueden rezagarse en relación con el desarrollo de sus correlatos reales. La representación de constructos como el de costo histórico, aun cuando es bastante fidedigna (y estable), puede romperse cuando por ejemplo los activos que representa sufren las consecuencias de severos cambios y volatilidad propias del mercado. Afortunadamente, la contabilidad formuló un constructo para dar cuenta de esta volatilidad de los hechos con el concepto de *valor razonable* y se honra a von Mises como un importante precursor del concepto.

En este ensayo se propone que los debates en torno a la defensa y los ataques a uno u otro puede ser infecunda, pues desvía la discusión de un enfoque crucial identificado por Mattessich: el uso del costo histórico o del valor razonable no depende fundamentalmente de propiedades ópticas cruciales *per se* (ni de los argumentos de sus partidarios), sino de los *objetivos fijados por los directivos de las*



organizaciones que aplican el valor razonable. Aquí se examinan algunos de los problemas y soluciones epistemológicas y se propone que el enfoque teleológico de Mattessich contribuye a orientar la discusión de una manera mucho más rigurosa.

Palabras clave: epistemología contable, costo histórico, valor razonable, representación, Mattessich.

La anquilosis de los constructos

Si hay una disciplina que está sobrellevando directamente las consecuencias epistemológicas de los cambios económicos de la vida real es la contabilidad. Debido a su propia naturaleza y a su enorme responsabilidad de representar las transacciones económicas reales inmediatas, la contabilidad ha tenido que asumir ese reto. La volatilidad económica está produciendo importantes consecuencias en la representación contable y esta circunstancia está generando severos y nuevos desafíos a la disciplina.

Podría afirmarse que la contabilidad, como campo especializado, por tener bajo su responsabilidad la representación *inmediata* de las transacciones económicas, por estar “tan próxima” a los hechos, epistemológicamente asume el papel de compilar masivos “enunciados básicos” en una escala mucho mayor. Popper definió los enunciados básicos así:

He llamado “*enunciados básicos*” a los enunciados simples que describen estados fácilmente observables de los cuerpos físicos, y he afirmado que, cuando se requieren tests, son estos enunciados básicos los que tratamos de comparar con los “hechos”; elegimos estos enunciados y estos hechos porque son más fácilmente comparables y más fácilmente testables intersubjetivamente (1983, p. 325, énfasis en el original).

Es decir, son *los últimos constructos en la escala de abstracción de las ideas*. “Al frente” de ellos únicamente hay *hechos*. En lingüística y en filosofía del lenguaje también se está de acuerdo con estos grados de abstracción, pues cuando se maximiza la *intensión* [sí, con “s”] de un constructo (por ejemplo: “factura de compra número 123 de un camión Ford de placas ABC123”) se consigue como resultado un referente distintivo y único (el camión específico como *hecho* tiene una mínima *extensión*). Esta relación inversa entre *intensión* y *extensión* es equivalente a la de Popper sobre los enunciados básicos y enunciados teóricos. De manera simétrica, un quehacer permanente de la

contabilidad la obliga a un uso intensivo de la *intensión* de sus constructos.



Como diría Mark Twain, por su naturaleza, la contabilidad se ve forzada a ir a la “caza de piezas más grandes” (citado por Ítalo Calvino, 1992, p. 165):¹ una constante de su quehacer es “ir a la caza de” las grandes masas de transacciones; a la caza de un gran volumen de información. Tanto el evento único al que aspira representar cada uno de los enunciados básicos como las grandes masas de transacciones económicas con las que se vincula la contabilidad son realidades económicas: son contrapartidas de *constructos de muy bajo nivel teórico*. Tienen la misma naturaleza óptica.

La proliferación de enunciados básicos es la responsable de que von Mises hubiera calificado una contabilidad “bien llevada” como una disciplina “plena” en cuanto a [1] su exactitud aritmética, [2] colmada de *detalles*, [3] caracterizada por ausencia de errores “materiales” y de la cual se podría presumir [4] una “absoluta veracidad de los datos consignados”. Estas cuatro propiedades resumen las ventajas de los enunciados básicos; es decir, de enunciados de baja abstracción que se caracterizan por tener “al frente” hechos económicos y contables reales.

En una contabilidad bien llevada es plena la exactitud aritmética de las cifras manejadas. Sorprende *el detalle* de los correspondientes estados, lo cual, unido a la *comprobada ausencia de todo error material*, hace presumir la *absoluta veracidad* de los datos consignados (énfasis añadidos, von Mises, 2007, p. 259).

Esta preliminar lista de *ventajas* de los enunciados de bajo nivel “se ve bien”. Sin embargo, en seguida aparecen sus *problemas*; aquellos relacionados con lo ocurre con esos hechos *después* de haberse registrado contablemente (es decir, *después* de haberseles asignado sus respectivos constructos contables):

¹ “Mark Twain no sólo tenía conciencia de su papel de escritor de entretenimiento popular, sino que se enorgullecía de él. «Nunca, en ningún caso, he tratado de hacer que las clases cultas fuesen más cultas», escribe en 1889 en una carta a Andrew Lang. «No estaba equipado para ello: me faltaban tanto las dotes naturales como la preparación. En este sentido, ambiciones no las he tenido nunca, siempre he andado a la caza de piezas más grandes: las masas. Rara vez me he propuesto instruir las, pero he hecho todo lo que he podido por divertir las. Con divertir las, nada más, ya daría por satisfecha mi máxima y constante ambición»” (Ítalo Calvino, 1992, p. 165).

Pero lo cierto es que las partidas fundamentales de los balances no son más que previsiones especulativas de realidades que se supone registrará mañana el mercado (énfasis añadidos, von Mises, 2007, p. 259).



Como discutiremos en seguida, obviamente, esas partidas siempre serán “previsiones especulativas” en relación con el devenir.

En relación con el sesgo hacia este tipo de enunciados, quizás es por este motivo que se la ha tratado como la “Cenicienta” de las áreas de las finanzas, de la gerencia, del mercadeo y, por supuesto, de la economía. Hay algunas evidencias que sirven como indicio para reforzar la impresión de todo aquel que se acerca a la contabilidad: *que la vecina más próxima a la realidad económica y contable es la información; no la teoría*; Los enunciados básicos son los responsables de “conectar” los enunciados de abstracción “media” (el concepto de “activo”) o universales (“activos tagibles”) con la realidad. Varios autores se han dado cuenta de ello. Veamos.

Heck y Jensen (2007): teoría y práctica contable

Examinando la evolución de las diversas investigaciones publicadas en la prestigiosa revista *The Accounting Review* de la American Accounting Association (AAA) entre 1926 y el 2005, Heck y Jensen (2007) encontraron que las grandes contribuciones e innovaciones que han llegado a esta profesión *no han provenido de la academia* (de la teoría), sino del ejercicio de la práctica contable; es decir, han procedido de *la realidad contable*.

Tan grave como este hallazgo está la circunstancia de que incluso las pocas contribuciones de investigación contable han sido cuestionadas por quienes han hecho campamento profesional en la práctica contable (de nuevo, no en la teoría):

Mientras profesiones como la medicina, las finanzas y la economía se han beneficiado de ideas seminales publicadas primero en la literatura académica, *es difícil rastrear innovaciones en la práctica contable desde la investigación publicada en revistas especializadas* (énfasis añadidos, Heck and Jensen, 2007, p. 110).

Ejemplos de constructos que parecieran académicos (teóricos), en realidad han provenido de firmas particulares como la compañía John Deer:



Por ejemplo, muchos artículos sobre los costos basados en actividades (ABC) [*activities-based costing*] aparecen en revistas de investigación contable, pero la idea de los costos ABC comenzó en la compañía John Deere (énfasis añadidos, Heck and Jensen, 2007, p. 110).

Lo mismo ha ocurrido con la innovación LIFO:

Muchas otras innovaciones en la profesión, como las del valor del dólar LIFO, ultimadamente pueden ser rastreadas atrás hacia la contabilidad industrial en lugar que hacia la academia (Heck and Jensen, 2007, p. 110)

En conclusión:

Las cosechas de la “investigación del descubrimiento” en la contabilidad académica *han sido cuestionadas por los profesionales de la práctica contable* (énfasis añadidos, Heck and Jensen, 2007, p. 110).²

La *contigüidad* de la contabilidad con la realidad, *su vivencia en la inmediatez de la realidad*, también ha tenido consecuencias a la hora de evaluar su estatus científico, pues sus constructos, por estar tan próximos a la vecindad de la práctica contable (es decir, del oficio que ejerce “el contador de la esquina”); por tener esta excesiva cercanía con la representación de las transacciones, ha estado indisolublemente vinculada a intensas regulaciones estatales y privadas de esas prácticas contables. Esta penetrante (y urgente) necesidad regulatoria ha atentado con frecuencia contra su estatus científico, pues cabría preguntarse qué clase de disciplina es una en la que quien decide obligatoriamente la validez “universal” de un constructo sea un Estado; no la academia.

Así, los confines en los que habita la contabilidad, el carácter de sus constructos “aledaños” a la realidad y la omnipresencia de la regulación de su práctica han venido configurando linderos que en cierta forma la han alejado de la teoría, de constructos más universales, y la han aproximado severamente a la práctica, a la técnica.

² “While professions like medicine, finance, and economics have benefited from seminal ideas first published in academic literature, it is difficult to trace innovations in accounting practice to research published in scholarly journals. For example, many articles on activity-based costing (ABC) do appear in accounting research journals, but the idea for ABC costing started at the John Deere Company. Most other innovations in the profession, like dollar-value LIFO, can ultimately be traced back to the accounting industry rather than to academe [Jensen, 2006a]. The harvests of ‘discovery research’ in the accounting academy have been called into question by the practicing profession” (Heck and Jensen, 2007, p. 110).



Aunque aquí no forma parte de la investigación el hecho de que afortunadamente la contabilidad ya comenzó a dar giros hacia redes de enunciados mucho más universales, baste asomar que, en su lucha por un rigor propio de toda ciencia, ha comenzado a hacer algo plenamente justificable: la adopción e incorporación de teorías importadas hacia ella desde las finanzas, la administración de empresas y la economía (por ejemplo: asimetría de información, teoría de la agencia, “principal”, “agente”, costos de transacción, riesgo moral). Esta ha sido una movida inteligente, pues le está dando buenos resultados y profundas explicaciones por tratarse de una intensificación propia de todo rigor científico.

Sin embargo, no perdamos de vista el argumento que venimos estableciendo: que los cambios ópticos producen graves consecuencias epistemológicas en la contabilidad. Es decir, que *la volatilidad del cambio óptico anquilosa relativamente los constructos*. Veamos tres ejemplos de estos cambios.

Por ejemplo, la cadena de valor económico generado por las firmas actuales se ha extendido de manera amplia. El viejo, y famoso, concepto de la economía política como la ciencia que estudia las leyes sociales que rigen la producción y la distribución de los medios materiales para satisfacer las necesidades humanas ya es obsoleto, y la actual competencia mundial ha modificado la naturaleza de la economía moderna en todos sus aspectos. Los productores se han visto obligados a transformar radicalmente las operaciones de sus negocios. Ahora la competencia ha trascendido los aspectos “meramente” tecnológicos y de producción y las firmas están compitiendo en terrenos mucho más novedosos como los relacionados con actividades más próximas a los clientes. La vieja cadena de valor en tiempos de Marx se ha modificado de manera drástica.

En segundo lugar, baste con observar la lista de actividades presentadas por Horgren por ejemplo para saber cómo se han incorporado sistemáticamente todas las actividades relacionadas con la investigación y el desarrollo (I&D), con el diseño innovador de productos e ingeniería de su fabricación (piénsese en Apple como ejemplo), con cadenas de ensamblaje de producción, con técnicas de mercadeo (*marketing*), con la distribución, con la atención al cliente (*customer service*) y con toda la organización interna en la que se





apoyan las actividades paradigmáticas de las firmas tales como los sistemas de información administrativa y de contabilidad. También se observa que el cumplimiento en la entrega del producto (o del servicio) ha pasado a ser parte del valor de uso del producto (o del servicio) (Horngren *et al.*, p. 6). Por ejemplo, aun cuando el producto sea de excelente calidad y esté diseñado para satisfacer las preferencias del cliente, las firmas ya saben que él las puede castigar si aquellas no entregan las mercancías a tiempo.

En tercer lugar, la estructura misma de economías enteras se ha modificado. Por ejemplo, en Estados Unidos 80% de su PIB está constituido por servicios (la industria representa 19,1% y la agricultura 0,9%³). Esto implica nuevos desafíos a los sistemas de representación de la información contable y contribuye a producir anquilosis en sus constructos.

El constructo de “valor razonable” como solución epistemológica a la falta de temporalidad del “costo histórico”

Von Mises como precursor del constructo contable de “valor razonable”

La idea de Nietzsche de que los constructos petrifican el devenir concuerda con la del anquilosamiento de los constructos que hemos venido describiendo. Si bien es cierto que los constructos petrifican la realidad, el argumento que hemos venido desarrollando se diferencia del “fatalismo” nietzscheano en que aquí estamos enfocando el mismo problema, pero con su correspondiente solución. Estamos defendiendo la tesis de que al romperse la simetría en una representación (pasada), los constructos optan por una posibilidad: su propio desarrollo.

En el contexto de Nietzsche, cuando se le da un supremo estatus al devenir, la representación huye de la verdad. Sin embargo, admitido que una vez que ocurre (el devenir de los hechos rompe la representación), no hay razón por la cual no se dé a los constructos el mismo tratamiento: la posibilidad de su propio devenir.

Así, la evolución del problema epistemológico sería la secuencia Nietzsche tiene razón-Nietzsche no tiene razón: los constructos



³ Ver Central Intelligence Agency, The World Factbook (fecha de consulta: 3 de marzo de 2019): <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/fields/214.html>

petrifican del devenir (aceptado el argumento), pero hay una solución: los constructos también tienen devenir (rechazado el argumento).



Un formidable ejemplo de este acontecer es el constructo de “valor razonable” en contabilidad. Sin embargo, antes de entrar a su consideración, veamos la postura de quien podría ser un auténtico precursor del problema.

Von Mises identificó y estudió este problema tan temprano como en 1940. Veamos su concepto de *precio histórico*: “Los precios de los bienes y servicios son datos históricos que reflejan hechos pasados o bien anticipaciones de posibles eventos futuros” (2007, p. 257). La diferencia entre ambos es que los primeros no “proporcionan ninguna ilustración directa acerca de los precios futuros” (*ibidem*). Si bien es cierto que a veces es racional presumir que “las circunstancias mercantiles que ayer provocaron la aparición de determinados precios permanecerán durante un cierto periodo”, eso es válido siempre y cuando la situación del mercado no esté influida “por condiciones que se consideran accidentales, extraordinarias probablemente irrepetibles” (*ibidem*).

Es decir, las expectativas de suponer una representación apropiada son válidas *siempre y cuando los hechos no se volatilicen*. Por ejemplo, en épocas de severa inflación los precios dejan de representar con fidelidad el valor de los bienes. Con su rigurosidad acostumbrada, von Mises se dio cuenta de que esa (válida) representación no siempre es útil en casos en los que hemos venido examinando: en situaciones de lo que él llamó “variabilidad” (el devenir del correlato del real):

lo que por medio del cálculo económico fundamentalmente se pretende no es ponderar situaciones y precios de mercado de escasa o ninguna variabilidad, sino abordar el cambio y la mutación. El hombre que actúa desea acomodarse a mutaciones que prevé que van a producirse sin su intervención, o bien provocar cambios por sí mismos (énfasis añadidos, von Mises, 2007, p. 257).

Von Mises extendió su agudeza epistemológica a la tarea de asignarle un lugar apropiado en la división intelectual del trabajo a quienes están interesados en una representación del costo histórico. Esa válida representación es justificable solo para “[q]uienes cultivan la historia o la estadística” y “se fijan únicamente en los precios del pasado” (énfasis añadidos, *ibidem*). En consecuencia, el pasado es el lugar paradigmático de su ubicación:





Los precios del pasado son sólo signos indicadores que el sujeto contempla para prever mejor los del futuro. Le interesan los precios que luego han de registrarse para prever el resultado de sus proyectadas actuaciones, así como para cifrar la pérdida o la ganancia derivada de pasadas transacciones (énfasis añadido, *ibidem*).

En contraste, “[e]l hombre que actúa centra su interés en los precios del futuro, un futuro que puede contraerse a la hora, al día o al mes que inmediatamente va a seguir” (*ibidem*, subrayados añadidos).

Hay que hacer una breve advertencia en este punto. En su época, la contabilidad todavía no había incorporado a su inventario de constructos el concepto de “valor razonable”; en consecuencia, y paralelamente, las prácticas mercantiles y fiscales tampoco reconocían (ni permitían) ajustes al “costo histórico”.

Es en este contexto en el cual debe leerse la identificación del problema en von Mises. Para él, el motivo por el cual continuaba prevaleciendo el costo histórico estaba constituido por esas acciones (praxeológicas). Y uno de sus méritos intelectuales fue ese: [1] reconocer el problema epistemológico, [2] protestar apropiadamente contra los obstáculos institucionales que impedían el diseño de soluciones prácticas a un problema epistemológico y [3] proponer la solución correspondiente.

Pero hay otros motivos por los cuales los precios históricos continuaban prevaleciendo como forma de representación contable obligatoria según von Mises: por [1] los usos mercantiles, [2] las disposiciones legales y [3] las normas fiscales (*ibidem*). De esta manera, identificó que había una tensión entre unos constructos históricos que alguna vez representaron un bien apropiadamente (pero que, con el elemento temporal de los hechos, se anquilosaron), y la necesidad de unos constructos nuevos que los reemplazaran y dieran cuenta de su nuevo correlato.

A diferencia de lo que ocurría en su época, hoy en día los organismos reguladores sí han previsto los ajustes correspondientes para el restablecimiento de la representación en casos de excesiva volatilidad. Como se observará más adelante, el valor razonable es un ejemplo de esa posibilidad; por ahora, lo que nos interesa es rendirle tributo a von Mises en cuanto a su formidable anticipación epistemológica sobre las consecuencias del rompimiento de estas simetrías y explicar por qué es

un legítimo acreedor a ser calificado como el predecesor de este concepto.



Él admitió, por ejemplo, que los balances generales y las cuentas de pérdidas y ganancias reflejan un resultado apropiado de las operaciones pasadas por vía de la diferencia entre el activo neto del primero y del último día de ejercicio para el segundo,

De esta manera, para el hombre “que actúa”, y para las organizaciones que influyen desde afuera en la representación contable, es obvio que los métodos actuariales (de su época) “no se conformen plenamente con esos correctos principios tendentes a lograr la máxima correspondencia posible entre las cifras contabilizadas y la realidad” (énfasis añadido, *ibidem*). Eso se debe a que “[s]on otros los objetivos que se pretende alcanzar, razón por la cual se desprecia hasta cierto punto la exactitud de los balances y cuentas de resultados” (*ibidem*).

En efecto, *la legislación mercantil* aspira a que la contabilidad sirva de protección a los acreedores; tiende, consecuentemente, a valorar los activos por debajo de su verdadero importe, para reducir los beneficios líquidos como el montante del activo neto, creando unos márgenes de seguridad que impidan al comerciante retirar de la empresa, a título de beneficio, sumas excesivas, vedando a aquellas firmas que puedan hallarse en difícil situación proseguir operaciones posiblemente malbaratadoras de fondos ya comprometidos con terceros.

Lo mismo acontece con las leyes fiscales:

Las leyes fiscales, a la inversa, propenden a calificar de beneficios sumas que en buena técnica no merecerían tal consideración; procuran con ello incrementar las cargas tributarias sin elevar oficialmente los tipos contributivos (*ibidem*).

En conclusión, una cosa es el cálculo económico que el empresario practica y en el que permanentemente toma en cuenta el devenir. Y otra muy distinta es la determinación de las cargas fiscales. En el primer caso siempre se parte del supuesto de que hay que incorporar la mutación, en el segundo se prohíbe la consideración del devenir.

Conviene, por tanto, no confundir el cálculo económico que el empresario practica al planear futuras operaciones con ese reflejo escriturario de las transacciones mercantiles mediante el cual lo que se busca, en realidad, son

objetivos habilidosamente solapados. Una cosa es *el cálculo económico* y otra distinta *la determinación de las cargas fiscales* (énfasis añadidos, pp. 258-259).



Aun cuando el hombre de acción considera mucho más estrictamente “las cuentas de numerario, ya sean de activo o pasivo”, sabe que una vez registradas no están exentas de una “indeterminación típica de toda rúbrica contable”, pues ese registro, ese valor, depende “igual que el de todas las demás cuentas, de las futuras circunstancias del mercado”.

Lecciones que desprenden de la concepción de von Mises

La vida es devenir; está llena de devenir. Hay que aceptarlo. Vivir en un mundo de volatilidad no debe conducirnos al rechazo del ejercicio del cálculo económico; nuestra incapacidad para conocer el futuro no debe obligarnos a calificarlo de inútil. El cálculo económico *no nació para conocer el futuro*. Criticarlo porque no permite hacerlo es como “pedirle peras al olmo”. No está diseñado para eso. El cálculo económico está diseñado para hacer lo que hace: para representar lo más fielmente la realidad económica.

Que el devenir malogre y envíe al traste esa representación, no implica que debamos deshacernos de él. Von Mises admitió que, si bien es cierto que el cálculo económico no permite conocer “con certeza” el futuro, ni eliminar de la acción su carácter “especulativo”, de aquí no podría autorizarse una descalificación de sus métodos. Quienes quieren ver el cálculo económico como una falla son solo aquellos que no quieren “comprender que la vida nunca será rígida ni estática” o para quienes olvidan “que nuestro mundo se halla en permanente devenir” o quienes no entienden que el hombre “jamás llegará a conocer lo que el futuro le reserva”. Solo las personas que ven el mundo sin su correspondiente devenir podrían estar satisfechas.

En consecuencia, el devenir clama por el cálculo económico. En este sentido, es admirable la temprana protesta de von Mises, pues estaba identificando el rezago epistemológico de la contabilidad en relación con la incorporación del devenir a su representación. Para él era inaceptable la asimetría representacional del cálculo económico y de la contabilidad. El tiempo le dio razón. Hoy en día la contabilidad le ha dado “luz verde” a la representación del devenir. Hoy en día hay una



confluencia entre la representación del cálculo económico y de la contabilidad. Veamos un ejemplo.



El valor razonable como representación de los cambios económicos

Cuando se registra contablemente el precio que se pagó por un bien en un momento determinado, se afirma que se hizo según los *costos históricos*: el registro del precio efectivo que se pagó cuando se adquirieron los activos (por ejemplo).

Mientras no se tenga en cuenta el elemento dinámico del mercado, este costo histórico no sufre ningún peligro de representabilidad, pues es un constructo relativamente elemental que encarna el valor del activo en cuestión de manera apropiada. Hay una correspondencia unívoca entre el constructo y el valor económico del activo; y es lo que identificó von Mises. Aquí el constructo no se ha anquilosado.

Sin embargo, cuando el hecho representado evoluciona hay problemas, pues el costo histórico deja de representar “fielmente”. ¿Solución? Un nuevo constructo: el valor razonable (*fair value*). ¿Cuándo? En el momento del reconocimiento y la medición.

Esta ponencia no se trata de discusiones sobre el “valor”, sobre “el precio”, sobre la “distinción entre valor y precio”, sobre si la contabilidad es una ciencia, un arte, una técnica o una ciencia aplicada. Si el sintagma “valor razonable” está constituido por dos términos lingüísticos, de ahí no puede inferirse (neciamente) que la ponencia esté enfatizando esos términos.

Pueden tomarse las definiciones del International Financial Reporting Standards (IFRS) (2017), sobre el costo histórico y el valor razonable. Es ampliamente reconocido que la base o el método de medición más utilizado por las entidades al preparar sus estados financieros es el *costo histórico* (International Financial Reporting Standards (IFRS), 2017). En fin, de cuentas, los estados financieros son los resultados paradigmáticos a los que llega la representación contable de los hechos y sucesos económicos que acontecen en una entidad: la situación patrimonial y financiera, la evolución temporal y las relaciones causales en un periodo particular.



Muy comúnmente, los estados financieros se preparan de acuerdo con un modelo contable basado en el costo histórico recuperable, así como en el concepto de mantenimiento del capital financiero en términos nominales (International Financial Reporting Standards (IFRS), 2017, pp. A26).

El costo histórico es el constructo que representa nominalmente la información financiera:

Costo histórico. Los activos se registran por el importe de efectivo y otras partidas pagadas, o por el valor razonable de la contrapartida entregada a cambio en el momento de la adquisición. Los pasivos se registran al importe de los productos recibidos a cambio de incurrir en la obligación o, en algunas circunstancias (por ejemplo, en el caso de los impuestos a las ganancias), por las cantidades de efectivo y equivalentes al efectivo que se espera pagar para satisfacer el pasivo, en el curso normal de la operación (International Financial Reporting Standards (IFRS), 2017, p. A55).

Aparte de su responsabilidad epistemológica de representación, los resultados financieros son el factor más relevante a la hora de valorar la imagen de una empresa (75%).⁴ No obstante, la naturaleza propia del costo histórico lo incapacita para dar cuenta de los cambios que ocurren en los precios de los activos no monetarios.

La base o método de medición más comúnmente utilizado por las entidades, al preparar sus estados financieros, es el costo histórico. Éste se combina, generalmente, con otras bases de medición. Por ejemplo, los inventarios se llevan contablemente al menor valor entre el costo histórico y el valor neto realizable, los títulos cotizados pueden llevarse al valor de mercado, y las obligaciones por pensiones se llevan a su valor presente. Además, algunas entidades usan el costo corriente como respuesta a la incapacidad del modelo contable del costo histórico para tratar con los efectos de los cambios en los precios de los activos no monetarios (International Financial Reporting Standards (IFRS), 2017, p. A56).

El valor razonable se define como “una medición basada en el mercado” (International Financial Reporting Standards (IFRS), 2017, p. A697). Nótese que no es una medición específica de una entidad en particular. Esta definición se enfoca en los activos y en los pasivos puesto que estos son “un objeto principal de la medición en la



⁴ Le siguen el trato a los empleados (74%) y la calidad de los productos y servicios (73%). Véase la noticia de la 2ª oleada del Estudio KAR (Key Audience Research) 2011 de Reputación Corporativa en España, según la página [computing.es](http://www.computing.es) en:

<http://www.computing.es/capital-humano/tendencias/1058061000101/ipsos-2-oleada-estudio-kar-2011.1.html>
Fecha de consulta: 15 de enero de 2013.

contabilidad". Sin embargo, la NIIF 13 considera que también se aplicará a "instrumentos de patrimonio propios de una entidad".



Por el lado del activo, el objetivo es el de "estimar el precio al que tendría lugar una *transacción ordenada* para vender el activo"; por el lado del pasivo, el objetivo es el de estimar el precio al que tendría lugar una transacción ordenada para "transferir el pasivo entre *participantes de mercado*" y, en ambos casos, siempre "en la fecha de la medición en condiciones de mercado presentes". Estas condiciones son las de un "*precio de salida* en la fecha de la medición desde la perspectiva de un participante de mercado que mantiene el activo o debe el pasivo" (énfasis en el original, International Financial Reporting Standards (IFRS), 2017, p. A656). Obsérvese que, en la fecha de medición posterior, o fecha en la cual se informa, es cuando se materializa la representación del valor razonable. El precio es el que se origina en una transacción *ordenada*. Esto significa que son las operaciones "usuales y habituales" en las que se involucran los activos y los pasivos (International Financial Reporting Standards (IFRS), 2017, p. A681).

Las transacciones ordenadas se oponen a las transacciones *forzadas* (vs. casos de insolvencia y aquellos tipos de operaciones en las que se dan liquidaciones forzadas o ventas urgentes). En este último caso, obviamente, los precios que se fijan no son los usuales o habituales de una operación.

Los párrafos 76-90 especifican la jerarquía del valor razonable:

Datos de entrada de Nivel 1

76 Los datos de entrada de Nivel 1 son precios cotizados (sin ajustar) en mercados activos para activos o pasivos idénticos a los que la entidad puede acceder en la fecha de la medición [...]

Datos de entrada de Nivel 2

81 Los datos de entrada de Nivel 2 son distintos de los precios cotizados incluidos en el Nivel 1 que son observables para los activos o pasivos, directa o indirectamente [...]

Datos de entrada de Nivel 3

86 Los datos de entrada de Nivel 3 son datos de entrada no observables para el activo o pasivo (International Financial Reporting Standards (IFRS), 2017, pp. A671-A673).



En la literatura especializada hay una tendencia generalizada a considerar esta gradación de los “niveles del valor razonable” como una que va desde el constructo menos “subjetivo” hacia uno más “subjetivo”.

En lugar de hacer referencia a grados de subjetividad, aquí se propone que debe hacerse referencia a un criterio epistemológico para entender mejor el objetivo de lo que quieren hacer los estándares. Veamos.

Las variables de Nivel 1 son precios cotizados (sin ajustar) en mercados activos para activos o pasivos idénticos a los que la entidad puede acceder en la fecha de la medición (International Financial Reporting Standards (IFRS), 2017, p. A671).

En el Nivel 1 ¿qué quiere decir “precios cotizados (sin ajustar) en mercados activos” por ejemplo. Aquí se propone que significa que se trata de dos *hechos* económicos: [1] precios cotizados y [2] mercados activos; son hechos observables directamente.

En contraste, el Nivel 2 también se trata de hechos, pero incluye hechos inobservables directamente o, en otras palabras, incluye hechos que se observan indirectamente, pues se hace por vía de inferencias desde mercados similares; es decir, desde proxys. Así el PIB real per cápita es una aproximación para medir la “calidad de vida”, un mercado sustituto que se correlacione con un activo inobservable puede ser un proxy de ese activo.

Por último, el valor razonable como Nivel 3 ni siquiera podría inferirse por vía de proxys, pues no hay indicadores (observables) que sirvan indirectamente como correlación del activo en cuestión.

Ahora bien, estos pasos desde la observabilidad del costo histórico, pasando por la (menor) observabilidad del valor razonable (Nivel 1), la observabilidad indirecta (inferencial del Nivel 2) y la ausencia total de observabilidad del Nivel 3 es lo que en realidad está configurando el argumento de la marcada subjetividad en la literatura especializada.

En correspondencia con lo que ocurre con las propiedades ópticas de estos hechos económicos y contables, sus constructos correspondientes



también están cumpliendo la función de ajustar sus representaciones. Hay todo un espectro de observabilidad. El costo histórico (como constructo tiene al frente un hecho observable); el valor razonable 1 tiene al frente un hecho menos individualizado: un mercado (menos observable que un camión, por ejemplo); el valor razonable 2 no tiene al frente un hecho observable directo, pues su existencia es inferida y se ve obligado a usar un proxy para establecer correlaciones con el activo en cuestión y, finalmente, el valor razonable 3 (como constructo) ni siquiera tiene proxys (inferenciales), y “permite” que la completa inobservabilidad sea reemplazada por el juicio profesional, es decir, por la adición de propiedades “imaginarias”, propias de una fantasía (educada, pero al fin y al cabo fantasía), que pueden añadir propiedades que el hecho económico y contable puede tener o no tener. Es a esta adicción, a estos “rellenos”, a estos “picadillos” sazonados con la postulación de propiedades no necesariamente existentes, a estas postulaciones que “llean” los vacíos de la inobservabilidad, a esta “acción de llenado” que se hace en el vacío representacional, que la literatura ha tratado despectivamente como “subjetivo”.

Sin embargo, al examinar con un poco más de detenimiento este proceso, encontramos que no es (ni ha sido) uno exclusivo de la contabilidad. Todas las ciencias han sufrido (padecido) esta necesidad y todas, sin excepción, se han visto obligadas a trascender la observabilidad. Ellas no se han quedado en el mundo terrenal de observabilidad; en su comodidad, y en la seguridad de su representación. Se han arriesgado a ir más allá de lo observable. Esto es lo que se conoce en la filosofía de la ciencia como el paso de las teorías a la profundidad. Una teoría es más profunda cuanto más inobservables tenga. No es casual que Bunge (1985) haya sostenido que la geografía, como disciplina construida por una gran proporción de constructos observables no sea considerada como una ciencia por ese motivo: porque la mayoría de sus hechos son observables: río, meseta, colina, montaña, territorio. Es una disciplina “meramente” descriptiva (es “preteórica”).

La valoración del mercado y la valoración histórica del activo (por ejemplo) han comenzado a vivir vidas paralelas e independientes entre sí. No importa cuánto se haya pagado en un momento dado por un activo. Casi es irrelevante cuando las contingencias dinámicas del





mercado comienzan a hacer de las suyas. Ya no hay garantías de que las inversiones en activos queden resguardadas contra la pérdida del valor que asigna el mercado. Esa pérdida de valor de las inversiones se va a mostrar en la fecha en la cual se informa, es decir, en la fecha posterior a la medición inicial. Ya no almacenan valor *necesariamente*.

Dada esta tensión entre el componente dinámico del mercado y el precio histórico que se pagó en su debido momento, ahora la valoración involucra como nunca antes una mirada hacia el futuro. La representación contable ya no puede mirar solo hacia el pasado. Surge así *una tensión entre una hemiplejía del pasado y un dinamismo del futuro*.

Keynes jamás imaginó el papel tan crucial, y las enormes proporciones, que irían a tomar las expectativas: la mirada hacia el futuro en la valoración presente. La valoración pasada no prosigue su camino; el constructo pasado (que sí representaba apropiadamente), ahora no representa el presente. La asimetría entre costo histórico y valoración presente ha nacido.

Lo que comenzó siendo idéntico en el momento de adquisición de un bien (la identidad entre valor razonable y costo histórico) se fragmentó. La valoración pasada y la valoración presente dejaron de ser análogas. Si la identidad del hombre es la misma cuando es niño y cuando es adulto, eso ya no es cierto para la valoración: la identidad del activo "bebé" (cuando fue representado con un registro contable) ya no es la del activo "adulto" (cuando fue víctima de las vicisitudes del mercado después de su adquisición). La representación pasada dejó de ser confiable.

Ante la inmensidad filosófica de esta realidad, la técnica contable se las ha arreglado para estimar un valor "mucho más verdadero", es decir, para conseguir una representación mucho más confiable. Ahora la idea no es la de huir del problema, sino la de dirigirse hacia al problema: en lugar de representar el activo únicamente en el momento de su adquisición, la contabilidad se las ha ingeniado para representar la valoración que el mercado le asigne al activo en un momento determinado. Las contingencias de la valoración se adaptarán a las contingencias del mercado.



“El problema de la solución”



La apelación del valor razonable al mercado ha sido traducida al español como “marcar al mercado”, “valorar a precios del mercado” (*mark-to-market*) y quiere enfatizar el uso de una metodología para adscribir valores a herramientas financieras basándose en los precios del mercado corriente. En consecuencia, hay que notar que la condición que dio origen al valor razonable fue la posibilidad de usar la información de los precios corrientes del mercado para que el constructo contable reflejara de manera más fiel un hecho económico que padece las vicisitudes propias de la mutación. Apelar al mercado es la condición y la justificación que nos convence sobre las bondades de la solución epistemológica.

¿Dónde surgen los problemas de esta solución? ¿Cuál es el carácter problemático de esta solución? ¿En qué momento esta solución deja de ser “demasiado bonita para ser verdad”? Obviamente, cuando el mercado falla, cuando el mercado no funciona para esos propósitos, cuando la información que proporciona el mercado no es útil para sacar provecho de la solución.

Hay algunos ejemplos de estas fallas: cuando “no todas las actividades están listadas en el mercado de acciones”, o cuando un “mercado correspondiente no existe (por ejemplo, para las herramientas financieras complejas)” (Esposito, 2011, pp. 167-168). El mercado también falla cuando se producen severas intervenciones exógenas (y externalidades) a los mercados; por ejemplo, la larga violencia en Colombia o el abuso de poder del oficialismo venezolano en estos momentos.

En consecuencia, para algunos autores no puede conseguirse la “aparente objetividad del valor razonable”: su pretendida objetividad “se ve ensombrecida” por la subjetividad y los componentes subjetivos “se vuelven cada vez más invasivos en la medida en la que la evaluación deviene más abstracta” (Esposito, 2011, pp. 167-168).

Como se observó hace un momento, el valor razonable tiene una “jerarquía” de niveles que va desde “lo más objetivo” hasta “lo más subjetivo”. Lo que se conoce como el nivel 1 no tiene inconveniente alguno y, si todo fuera así de sencillo, el valor razonable jamás estuviera padeciendo los problemas que está enfrentando, pues



cuando se quiere valorar unos activos líquidos y el mercado existe, entonces “uno simplemente tiene que mirar el precio del mercado” (Esposito, 2011, pp. 167-168). El IASB proporciona algunos ejemplos que no son problemáticos en las técnicas de valoración:

Ejemplos de mercados en los que las variables pueden ser observables para algunos activos y pasivos (por ejemplo, instrumentos financieros) incluyen mercados de intercambio, mercados de intermediarios financieros, mercados intermediados por agentes corredores y mercados principal a principal (International Financial Reporting Standards (IFRS), 2017, p. 692).

Sin embargo, la subjetividad va creciendo como lo ilustra el nivel 2. Aquí literalmente hay que “pretender”, “imaginar”, “suponer”, “fantasear” que el mercado existe y entonces el valor razonable se calcula basándose en los precios de mercado de los activos parecidos al del valor razonable en cuestión.

Por último, el nivel 3 entra en juego cuando los datos “observables” de los dos primeros niveles no están disponibles. Como siempre, epistemológicamente la *inobservabilidad* comienza a ocupar el espacio que los observables no pueden ocupar; comienza a reemplazarlos.

Pero ¿qué significa ahora que usemos los “inobservables”? ¿Qué implicaciones tiene el uso de nuestros “propios modelos de evaluación? Que comienza a abrirse las puertas a un mercado “virtual”, al invento, a una “objetividad ficticia”, a un incremento de la “discrecionalidad”, al uso de procedimientos “idiosincráticos e imaginativos”; en fin, al uso de lo que “Buffet ha condenado como ‘mark-to-myth’” (Esposito, 2011, pp. 167-168). Incluso Stiglitz (2010) ha considerado una versión del valor razonable (la “contabilidad creativa”) como uno de los responsables del estallido de la burbuja hipotecaria de agosto de 2007 y de la crisis financiera de septiembre de 2008.

Este “marcar el mito”, o “marcar el modelo” (*mark-to-model*) convierte la solución epistemológica en peligrosa, pues no es más que una “construcción interna de la economía”, una “realidad ficticia que está construida por la economía con el propósito de ganar una orientación que no está basada en datos objetivos independientes” (Esposito, 2011, p. 167). Obviamente, los hechos que se usan para reemplazar el mercado siempre seguirán siendo objetivos (*hard facts*), continuarán siendo los responsables de la valoración; incluso podrán seguir



perteneciendo a la propia organización, pero no serán compartidos en el mercado. Lo que los convierte en subjetivos es la forma como se incorporan a la relación.

Entonces, la secuencia epistemológica es: costo histórico (incapaz de dar cuenta del devenir), ajuste por inflación (del costo histórico), valor razonable (da cuenta del devenir); si hay mercado, no hay problema con la representación; si puedo encontrar un *proxy* tampoco habría mayor problema y, por último, si no hay mercado sustituto o parecido, entonces entra en todo su esplendor la fantasía y la especulación. Se puede pasar del costo histórico al *mark-to-market* y al *mark-to-model*. Un problema adicional a la “marcación” al modelo es que las firmas comienzan a ejercer un efecto-demonstración, a comportarse inductivamente en el reemplazo del mercado: “si la empresa A utilizó un método particular, yo también podré clonar ese método en mi firma”; “si allá funcionó, aquí también debería funcionar”.

Si el *mark-to-market* se justifica porque el costo histórico no representa el mercado actual, entonces la solución es apelar a la ventaja del *mark-to-market*: el mercado. Pero ocurre que no siempre el mercado está disponible.

Una vez “metidos” en la obligatoriedad del mercado, este no siempre puede cumplir su tarea, pero ya *es muy tarde para regresar al costo histórico*, y entonces la representación contable queda atrapada en los huecos del mercado. El único recurso que le queda a los contadores es el de empezar con reemplazar el mercado. De esta manera, la distancia entre la imaginación y el fraude podría acortarse.

Ahora los precios de los activos se calculan no de acuerdo con la realidad (costos históricos), no de acuerdo con los mercados (hay huecos inmensos), sino de acuerdo con modelos matemáticos financieros. Así, la mesa puede “quedar servida” para la manipulación y el fraude. Hay varias referencias en la literatura sobre la relación causal entre este problema y las crisis financieras: “Algunos críticos arguyen que la contabilidad de valor razonable exacerbó la severidad de la crisis financiera de 2008” (Laux and Leuz, 2010, p. 93).

Según Mattessich (2004), el libro de Benston *et al.*, (2003) es uno de los mejores sobre el caso Enron. En su resumen del libro, Mattessich

resaltó una de las conclusiones de los autores sobre las fallas de Enron fue



[l]a adopción de la contabilización del 'valor razonable' en los últimos decenios (por el FASB y la IASB) ha sido inoportuna y una de las principales razones de las falsedades en Enron y otros desastres financieros (Mattessich, 2004, p. 13).

Obviamente, todo nuevo constructo, como solución, queda sujeto a un nuevo desarrollo. Si nació como solución a un problema, con el tiempo, a su vez, puede devenir un problema. Esto significa que, si bien es cierto que el constructo de valor razonable nació para resolver problemas de anquilosamiento representacional, ahora está enfrentando nuevos desafíos, pues no siempre hay un mercado disponible para valorizar. Esto genera asignación de valores especulativos y determinados por la imaginación del contador.

Sin embargo, del argumento que viene configurándose aquí no podría inferirse una inutilidad *per se* del valor razonable. El debate no se trata de ataques y defensas de los partidarios de uno y otro constructo, o de empezar a "dar la vida" por alguno de ellos. Ambos tienen ventajas y desventajas. Por ejemplo, a los argumentos de Benston *et al.*, de Laux y Leuz y de Stiglitz habría que darles tratamiento de identificación de consecuencias indeseadas del valor razonable y, como siempre ocurre en el devenir de los constructos, seguramente con el tiempo su desarrollo involucrará nuevas soluciones; en fin de cuentas los abusos siempre han existido. *Es normal que los constructos también tengan su propio devenir; que nazcan con problemas; que no sean remedios definitivos.*

En segundo lugar, la reacción a la propuesta de Mattessich es la responsable del nacimiento a este ensayo: aquí se sugiere que es una buena idea seguir las recomendaciones epistemológicas de Richard Mattessich (2003). Una forma de evitar caer en la descalificación y en los argumentos maniqueístas sobre cuál de los dos constructos (costo histórico o valor razonable) es "mejor" podría ser la de sacar provecho de su enfoque teleológico (para justificar la epistemología contable): la tesis que se defiende aquí es que el problema no debe enfocarse hacia asuntos como si se trataran de un constructo *que mejor que el otro*; el uso de alguno de ellos dependerá del objetivo que se fije el contador, el empresario, el comité ejecutivo o el CEO de cada firma específica (Mattessich, 2003, *passim*). La elección del objetivo vendría a ser la

responsable de la elección del constructo pertinente y relevante para conseguir ese objetivo.



Conclusiones: Un dilema epistemológico para la contabilidad

Ambos usos (del costo histórico y del valor razonable) tienen costos. La asimetría temporal entre los constructos y los hechos, con sus severas consecuencias, generó un gran dilema epistemológico a la contabilidad: si se quiere representar fielmente (como es el caso del costo histórico), la contabilidad debe aferrarse a lo observable, pero con un costo: al cambiar el entorno económico “externo”, se generará una presión para modificar los nuevos registros o tipos de registros contables y la representación dejará de ser válida. Atacar el costo histórico porque no incorpora la temporalidad del hecho representado no es razonable, pues el constructo no está equipado para ello.

Por otro lado, si lo que se quiere es incorporar al constructo la representación del cambio económico, alejarse de la “proximidad con los hechos” y dirigirse a grados superiores de abstracción, entonces hay que usar el valor razonable; sin embargo, este ascenso semántico tiene un costo: al entrar en el reino de la inobservabilidad, es preciso postular propiedades de los hechos que pueden no corresponder con la realidad. Atacar el valor razonable porque no es “tan objetivo” tampoco es razonable, pues la propiedad óptica con la que nació fue precisamente esa: la de haberse originado con la propiedad ineludible de “subjetividad”; en consecuencia, no tiene sentido intentar huir de esa “subjetividad”, sino aceptarla, convivir con ella y hacerla explícita en los informes financieros, pues quedará a criterio de los usuarios de esa información tomar sus respectivas decisiones y decidir si “compran o no” esa información, si la aceptan a medias o si la rechazan con base en indicios justificados.

Como ha podido observarse a lo largo de las argumentaciones presentadas, tomar partido por un constructo y, correspondientemente, atacar al otro, no contribuye tanto al debate como una vía alterna al estilo de la teleología de Mattessich: no es que los constructos sean buenos o malos *per se* (ambos usos incurren en costos), lo que debe justificar su aplicación son los objetivos que se fijan los contadores, los administradores y los gerentes.



Incluso suponiéndose que algún día el valor razonable consiguiera una exactitud tan confiable como la del costo histórico, ello no concluiría con un punto final del debate, pues siempre habrá cambios no previstos por constructo alguno. Siempre estaremos a merced de esas futuras vicisitudes y siempre nos veremos obligados a adaptar nuestros constructos a las nuevas realidades.

El ascenso semántico de la contabilidad hacia constructos de inobservabilidad es una virtud, no una señal de crisis de la contabilidad, pues todas las ciencias han tenido que enfrentarse a esos problemas; todas han trascendido la observabilidad como sinónimo de profundidad. Estos son desafíos que la contabilidad está enfrentando con seriedad. Cuando se declara explícitamente el uso del valor razonable, se le está dando la oportunidad a los usuarios de la información a incorporar esta información en sus propias decisiones; *su propia subjetividad* (como usuarios) es la responsable de evaluar *la subjetividad de los directivos de las organizaciones* que lo aplican.

Referencias:

- Benston, George; Michael Bromwich, Robert E. Litan, and Alfred Wagenhofer [2003]. *The following of money: The Enron failure and the state of corporate disclosure*. Washington: AEI-Brookings Joint Center for Regulatory Studies, the American Enterprise Institute for Public Policy Research, Washington, D.C., and the Brookings Institution, Washington, D.C., 126 pp. <http://homepages.vub.ac.be/~plegros/documents/classes/finance/Themes/Disclosure%20and%20Ratings/livre%20benston.pdf>
- Bunge, Mario [1985]. *La investigación científica: Su estrategia y su filosofía*. Traducción de Manuel Sacristán. Segunda edición. Editorial Ariel, Barcelona, 1985, 991 pp.
- Calvino, Ítalo [1992]. *Por qué leer los clásicos*. Traducción de Aurora Bernárdez. Barcelona: Tusquets Ediores, 278 pp.
- Esposito, Elena [2011]. *The future of futures: The time of money in financing and society*. Translated by Elena Esposito, with assistance from Andrew K. Whitehead. Cheltenham, UK, and Northampton, MA: Edward Elgar Publishing, Inc., 215 pp. [Edición original en italiano, 2009].
- Heck, Jean L., and Robert E. Jensen [2007]. "An analysis of the evolution of research contributions by *The Accounting Review*, 1926-2005." *Accounting Historians Journal*, 34, 2 (December 2007),

pp. 109-141.



Horngren, Charles T.; Gary L. Sundem y William O. Stratton [2006]. *Contabilidad administrativa*. Decimotercera edición. México: Pearson Education, 674 pp. [Edición original en inglés, 2005, 13rd edition].

International Financial Reporting Standards (IFRS) [2017]. *Normas NIIF emitidas al 1 de enero de 2017: Pronunciamientos oficiales emitidos a 1 de enero de 2017. Incluye las Normas con fecha de vigencia a partir del 1 de enero de 2017 pero no las Normas a las que sustituirán. Parte A: El marco conceptual para la información financiera y los requerimientos*. Traducción de Vicente Pina Martínez y Lourdes Torres Pradas (coordinadores), J. Basilio Acerete Gil, Patricia Bachiller Baroja, J. Javier García Lacalle, Caridad Martí López, Emilio Martín Vallespín, Sonia Royo Montañés, Ana Yetano Sánchez de Muniaín. London: International Financial Reporting Standards (IFRS Foundation), 1678 pp.

Laux, Christian, and Christian Leuz [2010]. “Did fair-value accounting contribute to the financial crisis?” *The Journal of Economic Perspectives*, 24, 1 (Winter 2010), pp. 93-118.

Mattessich, Richard [2004]. “Lecciones de Enron y Arthur Andersen Co.” Traducción de Rafael Gil Reina. 18 pp. Fecha de consulta: 14 de julio de 2018. http://www.mgeu.uma.es/CONFERENCIAS/Enron-Malaga_LV.pdf

Mattessich, Richard [2003]. “Accounting representation and the onion model of reality: A comparison with Braudrillard’s orders of simulacra and his hyperreality.” *Accounting, Organizations and Society*, 28 (2003), pp. 443-470.

Popper, Karl [1983]. *Conjeturas y refutaciones: El desarrollo del conocimiento científico*. Traducción de Néstor Míguez adaptada a la cuarta edición inglesa. Primera edición. Ediciones Paidós, Barcelona, 1983, 513pp. [Edición original, 1963, cuarta edición inglesa, 1972].

Stiglitz, Joseph E. [2010]. *Caída libre: El libre mercado y el hundimiento de la economía mundial*. Traducción de Alejandro Pradera y Núria Petit. México. D. F.: Santillana Ediciones Generales, S. A. de C. V. y Taurus (Pensamiento), 423 pp.

Von Mises, Ludwig [2007]. *La acción humana: Tratado de economía*. Traducción de Joaquín Reig Albiol. Octava edición. Madrid: Unión Editorial (Clásicos de la Libertad, Obras de Ludwig von Mises, 7). [Una versión de la edición original en alemán data de 1940.]